

Arte y espiritualidad: Reflexiones en torno a una exposición

Javier García-Luengo Manchado

Profesor de Historia del Arte

E-mail: javier_garcia_luengo@yahoo.com

Recibido: 20 marzo 2013

Aceptado: 29 marzo 2013

RESUMEN: A partir de la exposición *Arte y Espiritualidad*, que se exhibe conjuntamente en el Museo de Bellas Artes San Pío V de Valencia y el Instituto Valenciano de Arte Moderno —IVAM—, se pretende ofrecer una serie de reflexiones en torno al diálogo existente entre Arte e Iglesia a través de los tiempos, incidiendo con particularidad en aquellos hechos y aspectos más relevantes y cercanos al hombre de hoy y a la producción estética de nuestros días.

PALABRAS CLAVE: arte, espiritualidad, arte contemporáneo, Iglesia.

Art and spirituality: Reflections on an exhibition

ABSTRACT: The exhibition *Arte y Espiritualidad*, which is at the same time exhibited in the Museum of Fine Arts San Pio V of Valencia and in the Valencia Institute of Modern Art —in Spanish, IVAM—, aims to offer a number of reflexions on the dialogue between Art and the Church throughout the ages, particularly reinforcing those aspects and facts that are more relevant and close to the people of our time and to the esthetic production in today's world.

KEYWORDS: art, spirituality, contemporary art, Church.

Arte y espiritualidad son dos palabras que quizá puedan resumir como pocas las aspiraciones más sublimes del ser humano. Por ello, son términos complejos en su definición, pero en muchos casos sinónimos en su uso y aplicación, cuando las empleamos desde un punto de vista metafórico, claro está. No en vano, diferentes antropólogos e historiadores entienden

el surgimiento de las primeras expresiones artísticas, como una necesidad primigenia de manifestar las exigencias del espíritu, articuladas a partir de un determinado discurso religioso. Tal es así, que, en muchos casos, las creaciones estéticas relacionadas con el ámbito cultural se han convertido en auténticos elementos identitarios de una civilización, de una sociedad

y, por supuesto, también de un periodo histórico concreto.

El llamado inconsciente colectivo no deja lugar a dudas a este respecto, cuando pensamos en el arte prehistórico, inmediatamente vienen a nuestra memoria los bisontes de Altamira, pinturas efectuadas como sagradas ofrendas propiciatorias de la caza. Y qué decir en este mismo sentido de la civilización helénica, que relacionamos de inmediato con templos como el Partenón y esculturas dedicadas a Apolo, Hermes, Hércules, Atenea y otros tantos dioses y semidioses cuya sensualidad parece cantar himnos de eterna belleza y de perenne juventud al Panteón olímpico.

Siglos después y ya de la mano del cristianismo, la Iglesia potenció una creatividad de tal magnitud que los períodos artísticos se han relacionado con una serie de estilos, donde el componente místico y catequético prima sobre todo lo demás; el mundo medieval se vincula al románico y al gótico, el barroco a la Contrarreforma y así podríamos continuar hasta la edad contemporánea, momento en el que se produce una importante fractura entre el arte y el cristianismo.

La exposición *Arte y Espiritualidad*, producida conjuntamente por el

Museo de Bellas Artes San Pío V de Valencia, el Instituto Valenciano de Arte Moderno –IVAM–, el Museo Nacional de Cerámica y Artes Suntuarias González Martí y la Generalitat Valenciana, tiene, precisamente, por objetivo rescatar ese diálogo perdido entre arte y espiritualidad.

Bien es verdad que ha habido importantes y fructíferos intentos en este campo. Recordemos la cuarta edición de las *Edades del Hombre*, celebrada en las catedrales de Salamanca entre 1993 y 1994. Dicha muestra, *El contrapunto y su morada*, proponía una mirada al arte sacro confrontando en un mismo espacio, obras, por citar algunos ejemplos, de Gregorio Fernández con otras de Antonio Saura o Venancio Blanco.

Experiencias como estas, sin duda, retoman el nuevo impulso que el Concilio Vaticano II quiso otorgar a las relaciones entre la Iglesia y el Arte, reconociendo la necesidad de éste para su misión evangelizadora, dicha necesidad quedó perfectamente recogida en el documento *Sacrosantum Concilium*, y sancionada en la carta que el 8 de diciembre de 1968 Pablo VI dirigía a los artistas: «Si sois los amigos del arte verdadero, vosotros sois nuestros amigos. [...] La Iglesia está aliada desde hace tiempo con vosotros. Vosotros habéis construi-

do y decorado sus templos, celebrado sus dogmas, enriquecido su liturgia. Vosotros habéis ayudado a traducir su divino mensaje en la lengua de las formas y las figuras, convirtiendo en visible el mundo invisible. Hoy, como ayer, la Iglesia os necesita y se vuelve hacia vosotros. Ella os dice por nuestra voz: no permitáis que se rompa una alianza fecunda entre todos. No rehuséis poner vuestro talento al servicio de la verdad divina. No cerréis vuestro espíritu al soplo del Espíritu Santo».

En línea similar se pronunciaría tiempo después, el 4 de abril de 1999, Juan Pablo II: «Para transmitir el mensaje que Cristo le ha confiado, la Iglesia tiene necesidad del arte. En efecto, debe hacer perceptible, más aún, fascinante en lo posible, el mundo del espíritu, de lo invisible, de Dios. Debe, por tanto, acuñar en fórmulas significativas lo que en sí mismo es inefable. Pero, ¿se puede decir también que el arte necesita a la Iglesia? La pregunta puede parecer provocadora. En realidad, si se entiende de manera apropiada, tiene una motivación legítima y profunda. El artista busca siempre el sentido recóndito de las cosas y su ansia es conseguir expresar el mundo de lo inefable. ¿Cómo ignorar, pues, la gran inspiración que le puede venir de esa especie de pa-

tria del alma que es la religión? ¿No es acaso en el ámbito religioso donde se plantean las más importantes preguntas personales y se buscan las respuestas existenciales definitivas?».

Nuestro propósito no es tanto reseñar todas y cada una de las obras y secciones que componen esta amplia exhibición, como reflexionar en torno a algunas de las cuestiones planteadas por la muestra mediante el diálogo y confrontación entre las creaciones de otros tiempos y el arte contemporáneo a la luz de las ideas que se acaban de enunciar en los textos de Pablo VI y Juan Pablo II. Pues lo cierto es que, desde mi punto de vista, las relaciones históricas existentes entre la estética y el mundo espiritual, así como la mutua necesidad Arte-Iglesia, cuando el objetivo común es la belleza suprema, son los principales ejes que articulan el discurso expositivo.

La muestra *Arte y Espiritualidad* se abre con la *Señal de la Cruz*. El principal de los signos para los cristianos, con todo lo que ello implica –salvación universal, recuerdo eterno del amor «hasta el extremo» (Jn 13,1)–, se constata desde la escultura que preside la primera sala. Se trata del *Árbol de la cruz* de Martín Chirino, obra efectuada en 2006 en hierro forjado, material éste que no hace sino incidir en la fortaleza

y perdurabilidad de dicha insignia y las connotaciones mencionadas a través de los siglos.

Evidentemente la fuerza y presencia de la cruz, su significado y repercusión, más allá del espacio y el tiempo, ha hecho que ésta se haya convertido en un referente icónico, en una metáfora de los valores señalados, incluso al margen de un contexto teológico o religioso preciso. Y esto es lo que observamos en las pinturas seleccionadas de Antoni Tàpies. Así es, la cruz es un recurso frecuente en su producción como la asimilación de un elemento consustancial a nuestra cultura y a nuestro propio ser, la semiótica nos revela cómo en el caso del creador catalán, esta seña nos habla de muerte, de amor, de la unión, en definitiva, entre lo celeste y lo terrenal como verdades trascendentes del ser humano.

Algo parecido encontramos en el *Retablo* (2005) de Miquel Navarro y, por supuesto, en el *Apostolado* (2006) de Carmen Calvo. Esta última obra, efectuada por una de nuestras artistas más relevantes en el campo de la instalación, creaciones las suyas confeccionadas a partir de objetos de deshecho-componentes, nos presenta una tabla dorada presidida por una cruz en torno a la que se asocian doce números a otros tantos atributos de la

Pasión. Parece evidente la relación de los Apóstoles con cada uno de estos elementos: dagas, jofaina, bolsa de monedas, etc. La imagen nos sugiere una cuestión: ¿acaso el suplicio más cruel de la Pasión del Redentor no fue el abandono de sus amigos? «Heriré al pastor y las ovejas se esparcirán...» (Mt 26, 31).

La cruz, la Pasión, el sacrificio y el sufrimiento, a la luz del cristianismo, adquieren una dimensionalidad extraordinaria, ausente sin embargo en aquel hombre descuajado de su realidad trascendente. Así lo escribe San Pablo: «Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (I Corintios 1, 23-24). Y es que, en efecto, la forma en cómo se abraza y se entienda la cruz, nos permitirá la proximidad con Dios, el Cielo, o nos aleja de Él, el Infierno. Cielo e Infierno son dos secciones importantes de la muestra, en ellas se han utilizado las tecnologías de la imagen para proyectar una serie de iconos, a caballo entre la tradición y la verdad teológica, de lo que ambos estados suponen y representan.

El Infierno es un espacio para el alma, valga la contradicción terminológica, donde podemos vi-

sionar el vídeo monocal de Marina Núñez titulado *Ángel Caído -2, 3, 5-* (2008). La autora propone una desgarradora, por exacerbadamente realista, imagen actualizada del demonio, acentuando los rasgos bestiales e irracionales propios del género humano enfrentado a la soledad de su fisicidad.

Las obras destinadas a esta singular recreación del hades cristiano, indican cómo el individuo que niega el alma, es aquel que pierde el don supremo de la libertad, siendo preso de sus pasiones, esclavo de su pequeñez. Este es el ser meramente animal, puramente físico, carente de albedrío, que contemplamos en *Sin título [monstruos]* (2008), una serie de infografías proyectadas, también de Marina Núñez, protagonizadas por una crisálida atrapada en su propia agonía. Semejantes sensaciones se perciben en los inquietantes embriones encerrados en la cueva de *Visión I* (2007), imágenes, todas ellas, metafóricas que no hacen sino redundar en la involución del individuo ajeno a su naturaleza trascendente.

En contraposición, tenemos al ser que, pleno de libertad, participa del amor eterno en la gloria de Dios y sus santos, estamos en el capítulo dedicado al Cielo, donde se muestran, mediante diferentes fotografías y proyecciones, los

procesos de restauración de dos magníficos conjuntos pictóricos valencianos. Se trata de los ciclos pertenecientes a la cúpula de la Basílica de Nuestra Señora de los Desamparados y a la Iglesia de los Santos Juanes, ambos realizados por Antonio Acisclo Palomino en torno a 1700 en un lenguaje barroco muy avanzado. En ellos, la teatralidad, la saturación cromática, los trampantojos, los juegos lumínicos y la apoteosis triunfal, acampan por doquier, y gracias a los recientes procesos de restauración aquí exhibidos y explicados, nos redescubren y rescatan toda su brillantez.

Ya se ha hablado, al hilo de estas reflexiones, del sentido de la cruz, del cielo, del infierno... Pero lo cierto es que todo ello, el contacto del hombre con esta realidad trascendente, tiene un lugar físico para su desarrollo individual y en comunidad, se trata del templo. Por tal motivo, la exposición dedica un apartado a la arquitectura cultural, por constituir aquélla la máxima expresión del encuentro entre arte y espíritu.

La arquitectura se ha convertido en un vaso precioso para contener esa citada realidad espiritual. Ello es algo que constatamos con tan sólo dar un paseo por cualquier ciudad o aldea de nuestra vieja Europa, ahí destacará una cate-

dral, una parroquia o una sencilla ermita donde el pueblo ha volcado todo su afán, todo su amor hecho arte para convertirlo en algo sublime, digno, capaz de contener a la propia Divinidad.

Este espacio presenta el desafío que la arquitectura religiosa ha supuesto para los artistas de nuestros días. La significación que el templo ha tenido a través de los siglos, adquiere unas connotaciones irresistibles a la vez que complejas para el creador actual, pues su trabajo se convertirá en un eslabón fundamental entre el ayer y el mañana. Buena cuenta de ello nos lo dan las vidrieras de Gerardo Rueda, cuya policromía abstracta sigue recordando esas piedras preciosas de aquella Jerusalén celeste que otrora cantara el Abad Suger de Saint Denis; efectos cromáticos que contemplamos en toda su plenitud en la interesante serie fotográfica que José Manuel Ballester dedica a la Catedral de Burgos, fotografías que, a través del color, transforman la Capilla del Condestable o la Escalera Dorada en una visión impactante por el fantástico, a la par que veraz, sentido de las irisaciones que Ballester aplica a lugares tan representativos como los referidos.

Y es que es en el templo, en la iglesia, donde tienen cabida nuestras devociones, destacándose aquí,

entre todas ellas, el Rosario. En el ámbito que la muestra dedica al Rosario, se unen las pinturas del renacentista Juan de Juanes o de los barrocos Luis Antonio Planes, Esteban March o Muñoz Estarlich, producciones, todas ellas, consagradas a los diferentes misterios del Santo Rosario, con las instalaciones de Lidó Ricó, de entre las que destaca *Santísima* (2010). Los misterios de dolor que llevan al gozo y la gloria se contraponen a esta obra efectuada en resina de poliéster, donde sendas ristas de calaveras de diferentes colores testimonian la veneración a la cultura de la muerte a la que asistimos en nuestros días, en ocasiones incluso de manera institucionalizada.

Nuestro discurrir por esta exposición es, en sí mismo, una metáfora de la vida, este peregrinar nuestro que, como en los casos de San Vicente Mártir o San Vicente Ferrer, santos valencianos por excelencia dedicatarios también de una sección, tiene por designio máximo unirnos a la divinidad, vivir con plenitud nuestra espiritualidad. La exposición se cierra felizmente en la sección correspondiente al Museo de Bellas Artes, donde nos hallamos frente al *Salvador Eucarístico* (siglo XVI) de Juan de Juanes. Cristo se ofrece a sí mismo, con su cuerpo, con su sacrificio para que vivamos plenamente

nuestra espiritualidad en la vida verdadera, una vida que trasciende de todos los tiempos y por ello los artistas de cualquier período han querido hacer visible lo invisible, bien sea esta la época de Juan de Juanes o el mundo de la tecnología representado aquí a través de los *Ángeles robóticos* (2000-2004) de Ximo Lizana, que precisamente flanquean y nos presentan el referido *Cristo Eucarístico*. Un final simbólico que no hace sino incidir en el hecho de que más allá de las limitaciones físicas del espacio y el tiempo, el hombre es, ante todo y sobre todo, arte y espíritu.

* * *

Qué duda cabe que actividades como la aquí reseñada son piedras angulares para retomar el protagonismo que la Iglesia ha tenido en pro del arte y de las humanidades, asumiendo en este sentido un papel de absoluta vanguardia a lo largo de la historia, por dirigir los ojos del mundo allí donde éste no quiere mirar. Las producciones estéticas de los diferentes estilos y períodos que aquí conviven, hacen que el hombre se ponga en el centro de su propia vida, que se plantee el sentido mismo de la existencia, nuestro papel en el mundo, el más allá, incluso la misma idea de Dios y nuestra relación con Él; temas todos ellos que no

aparecen con frecuencia ni en los medios de comunicación, ni en las redes sociales, y mucho me temo que tampoco en ese laboratorio de ideas que antes llamábamos universidad.

Es cierto que el arte sacro hoy existe y se hace, pero cabe preguntarnos hasta qué punto dicho arte realmente busca la trascendencia, si verdaderamente está encaminado a nuestro crecimiento espiritual o es una mera decoración de dudoso gusto basado en unas formas ensimismadas y enquistadas en un pasado glorioso. Paradójicamente, las obras más revolucionarias han sido aquellas potenciadas por una Iglesia que ha mirado al futuro, apostando por un arte trasgresor que ha respondido a la absoluta trasgresión del propio mensaje evangélico ¿Qué sucedió si no con el último Miguel Ángel, o incluso con el propio Carvaggio? Quizá estemos en el momento ideal para que la Iglesia vuelva a ser la abanderada de las humanidades asumiendo y dialogando sin miedo, como hizo en otros tiempos con singular fortuna, con el arte de nuestro hoy y de nuestro ahora.

De la misma forma, al avezado lector no se le escapará el hecho de que en la producción artística actual la estética del asco, la eclosión de la basura y la exaltación de la soledad parece reflejar una socie-

dad ensimismada en sus propias limitaciones, en su propia fisicidad, reiterándose una y otra vez, hasta el tedio, la proyección de una humanidad desesperada. ¿Quizá una mirada al espíritu no abriría cauces nuevos a una creatividad enfrascada en el mismo discurso conceptual y formal desde hace tiempo? ¿No impulsaría una auténtica renovación la verdadera búsqueda de esa olvidada belleza suprema a la que el arte y el hombre tienden por naturaleza?

Desde mi punto de vista, las respuestas a estas preguntas las hallamos en el seno mismo de la Iglesia. No en vano, las cartas de Pablo VI y Juan Pablo II con las

que abríamos este artículo bien pueden servir para concluirlo. En ellas encontramos certera contestación a las cuestiones que aquí se plantean: «... que vuestro arte contribuya a la consolidación de una auténtica belleza que, casi como un destello del Espíritu de Dios, transfigure la materia, abriendo las almas al sentido de lo eterno» (Juan Pablo II). «Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, es quien pone alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste la usura del tiempo, que une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración» (Pablo VI). ■